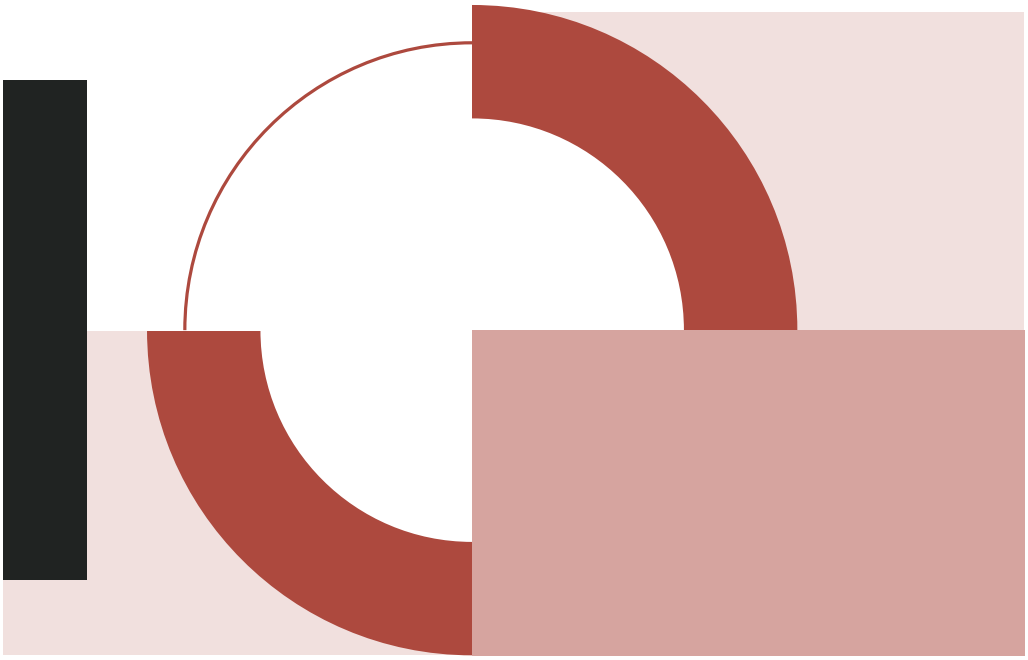
RESTOS · CUADERNOS DE LECTURA

FIGURAS DE LO INFANTIL

Escuchar al *infans*

J.-B. Pontalis



Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo
Material de circulación educativa, académica y cultural

DE LA CULTURA — DE LA BARBARIE

Escuchar al *infans*

J.-B. Pontalis

«Écouter l'infans» · *Avant*, Gallimard, 2012 · pp. 76–81

De inmediato hice mío el título del manuscrito, convertido desde entonces en libro, que me había enviado Jean-Claude Rolland: *Avant d'être celui qui parle…* [Antes de ser quien habla…]. Los puntos suspensivos dejaban en suspenso la respuesta a la pregunta: ¿qué había antes?, a la vez que me aseguraban que el *infans* no sería olvidado. Ese *infans* al que, desde hace muchos años, invoco con insistencia en mis propios libros, como si no quisiera separarme de él a ningún precio. ¿De dónde viene esta insistencia? Tal vez, como lo he contado en otra parte, del hecho de que, durante mis primeros años, sin ser del todo mudo, tardé en hablar: prefería el retraimiento y el secreto del silencio a lo que, confusamente, debía de parecerme una charla vana destinada a «llenar la conversación», según la expresión de mi madre; o, peor aún, cuando oía las palabras que intercambiaban entre sí las «personas mayores», el terreno privilegiado de la hipocresía, pues, casi mudo, no era sordo.

Mucho más tarde, en tiempos en que triunfaba una semiología que se anexaba todas las artes, empezando por la pintura, e incluso todas las producciones humanas y el menor de nuestros comportamientos, nunca me abandonó cierta reticencia frente al todo-lenguaje, y se arraigó en mí hasta hacerme ver en el lenguaje mismo una suerte de prisión donde algún tirano engreído por sus poderes querría encerrarme. Frente a esa tiranía, yo aspiraba a un fuera-del-lenguaje donde fuera libre. Rechazaba la idea, que juzgaba totalitaria, según la cual todo debe tener un sentido. No quería quedar reducido a ser un sujeto del Imperio de los signos. Reivindicaba la existencia de un territorio del sinsentido donde pudieran desplegarse libremente mis emociones, mis pasiones inexplicables, mis turbaciones furtivas e inquietantes, mis ensoñaciones imprecisas; donde mis inesperados cambios de humor —de la alegría a la tristeza— no dieran lugar a inquisición alguna. Sí, no quería que se me expropiara de ese territorio mudo.

También de inmediato, con solo ver aquel título, *Avant d'être celui qui parle…*, comencé a esperar que oiría el elogio de aquel a quien se designa erróneamente como privado de palabra —in-fans—, cuando, a mis ojos, los que antaño fueron los míos, tiene acceso por todos sus sentidos —la vista, el tacto, el olfato— a todo un mundo: el mundo sensible, que no es solamente el de las sensaciones, sino el de nuestras percepciones inmediatas cuando no están contaminadas por el saber; el de nuestros sueños, a veces, cuando la imagen soñada se impone con tal fuerza que nos restituye *in vivo* la presencia de quien ha desaparecido. Podría ser que ese mundo sensible se hubiera alejado de nosotros hasta el punto de que estemos separados de él, y que solo el *infans*, habitante del fuera-del-lenguaje, pudiera permitirnos reencontrarlo, si consintiéramos —paradoja— en escucharlo.

Que la adquisición del lenguaje, propia del ser humano, sea una ganancia considerable: no llegaba, desde luego, al extremo de negarlo. Pero toda ganancia se paga con una pérdida; todo progreso corre siempre el riesgo de borrar, de abolir lo que había antes. Y ese antes no puede reducirse a los primeros meses de vida. Estaba y sigo estando convencido de que perdura, de que sobrevive a lo largo de toda nuestra existencia, de que orienta nuestros deseos más locos e incluso los más sensatos. Veo allí, a la vez, la fuente y el horizonte de nuestro pensamiento. Nuestros pensamientos, en efecto, sobre todo cuando pretenden satisfacer las exigencias de la racionalidad, cuando quieren obedecer a la lógica, dan testimonio de nuestra incapacidad para restituirnos la presencia de la «cosa». Y de esa presencia debemos, al menos, imaginar que hubo un tiempo en que teníamos acceso a ella, y que ese tiempo del antes no está detrás de nosotros.

A menudo sucede que las palabras pronunciadas por otros o por nosotros mismos nos parezcan faltas de consistencia, privadas de carne, exangües. Entonces, ya provengan del diván o de la boca de Hamlet —palabras, no son más que palabras—, nos vemos asaltados por lo que he llamado la melancolía del lenguaje. Sufrimos por hallarnos a una distancia infinita de algún objeto perdido, pero que no desesperamos de volver a encontrar o, mejor aún, de encontrar: un objeto al que nos negamos a dar un nombre, pero que nuestros sueños, o la pintura, o la música, o la poesía, nos dejan entrever.

El lingüista Roman Jakobson destacó el hecho de que «un niño muy pequeño es capaz de emitir en su balbuceo una suma de sonidos que nunca se encuentran reunidos en una sola lengua, ni siquiera en una familia de lenguas». No hay límites para los poderes fónicos del *infans*. Desde la adquisición de las primeras palabras, esos poderes menguan hasta desaparecer. La riqueza sonora se agota en beneficio de la selección de los fonemas propios de una lengua. Muerte anunciada del «niño políglota» evocado por Edmundo Gómez Mango.

Vi allí una prueba de que el aprendizaje del lenguaje articulado nos separaba de esa pluralidad sonora que no es una simple emisión de ruidos y que el canto intenta recuperar. Pensemos en las madres solícitas que tararean una canción, aunque no tenga palabras, para que su hijo se duerma y quede a salvo del espanto de la pesadilla.

Antes del narrador, el aedo: la historia que cuenta La Odisea es una sucesión de cantos. Antes del lenguaje, voces; voces múltiples, singulares, identificables de inmediato, como si la voz, más cercana que las palabras compartidas por todos, revelara a la persona. Algunas voces tranquilizan, hacen nacer una sonrisa; otras producen un miedo atroz. Algunas, demasiado agudas, nos atraviesan, nos «rompen los oídos»; otras nos llevan muy lejos, muy alto.

•

Talking cure —no carece de interés que esta definición, repetida desde entonces sin cesar, haya sido formulada por Anna O., la paciente de Breuer, en una lengua extranjera—, cura por la palabra; digamos, más bien, cura de la palabra, porque la palabra del analizante, con tal de que consienta en desplegarse y deje de ser dominada, no se parece a ninguna otra; así como las interpretaciones del analista se diferencian de la explicación y de la traducción —de lo «manifiesto» a lo «latente»—, y su atención en suspenso, de aquello que llamamos corrientemente atención, que se concentra en un objeto.

«¿Qué hacen juntos esos dos?», le preguntaba a Freud un interrogador imaginario. Respuesta: «Hablan». Sí,

pero su conversación no es una conversación ordinaria; sí, pero, aunque su intercambio no tenga por medio más que las palabras —y el silencio—, es un intercambio que va mucho más allá de las palabras pronunciadas, más allá de lo que el paciente y su analista creen controlar. Conversación extra-ordinaria, por tanto; no, como suele creerse, porque en ella necesariamente se confiesen cosas mantenidas hasta entonces en secreto —el análisis, contrariamente a lo que pensaba Foucault, no tomó el relevo de la confesión—, sino porque, sin que lo sepamos, llega a expresarse algo desconocido… Una lengua muda, o que se creía muerta, cobra vida; el *infans* habla; lo infantil, que es otra cosa que la infancia, retorna. Y entonces es el lenguaje el que se ve maltratado: el orden del discurso vacila, pierde su poder. La palabra así liberada de sus trabas —la palabra «asociativa», que ya no obedece al «proceso secundario»— abre nuestra memoria, que ya no se confunde con una reserva de recuerdos. La interpretación se vuelve posible al proponer un acercamiento, incluso una coincidencia, entre un incidente actual, a veces de apariencia muy anodina, y la huella dejada por un acontecimiento de la infancia: una huella que también puede parecer anodina, pero que es indeleble.

Una vez que el orden del discurso ha perdido su poder coercitivo —poder considerable, pues gobierna también el orden de nuestros pensamientos—, nos encontramos con otro poder: el de la lengua. Pero este poder no es coercitivo, todo lo contrario. Porque la lengua, cualquier lengua, posee recursos infinitos. No solo por la pluralidad de sentidos, la polisemia y la polifonía que le son inherentes —pluralidad de sentidos que no carece de relación con la pluralidad sonora que he evocado—, sino porque hay un inconsciente de la lengua, porque hay en ella un espesor y porque lleva consigo aquello que ella misma ignora. La lengua es un tesoro (nunca me canso de consultar ese diccionario inagotable que es el *Trésor de la langue française*).

Nunca suscribí la fórmula canónica enunciada por Lacan: «El inconsciente está estructurado como un lenguaje». (Advirtamos el «como»: no se dice que el inconsciente sea un lenguaje.) Jean-Claude Rolland, confirmando así mi reticencia frente a la tesis lacaniana, sostiene que el inconsciente está excluido del sistema lingüístico. No ignora que, en última instancia, es el juego antagónico de las pulsiones, es la sexualidad infantil —a la vez anárquica y soberana, y de la que está ausente toda «estructura»—, lo que constituye nuestro principio desregulador.

•

Avant d'être celui qui parle… Más adelante en el libro, la frase continúa: el hombre es un vidente. El niño que abre los ojos al mundo, que lo inventa en ese movimiento que a la vez se lo hace descubrir y crear, no por ello es un vidente. Donde sí es vidente es en sus sueños, cuando sus ojos se cierran para abrirse en otra parte e incluso, cabe pensarlo, en algunas de sus percepciones cercanas a la alucinación. ¿No habló Freud de alucinación primitiva para designar ese momento que conoce el niño muy pequeño, cuando el objeto (¿el pecho materno?) escapa a su dominio? ¿O, más tarde, cuando la persona de la madre se aleja —va a desaparecer para siempre? Paradójicamente, la ausencia puede convertirse en presencia: es lo que muestra el juego del carretel descrito por Freud al observar a su nieto, el juego del *Fort-Da*: te fuiste, me dejaste y ahora estás aquí; soy yo quien hace que estés aquí. La situación se ha invertido: el desamparo se transforma en victoria, en la ilusión (?) de un triunfo. Entonces, el niño que se creyó perdido es un vidente.

Y nosotros, ¿hemos renunciado a serlo al convertirnos en sujetos sometidos al lenguaje? Renuncia es una palabra poco amable. Sin embargo, hemos renunciado a obtenerlo «todo de inmediato» (aunque…), hemos abandonado nuestros primeros objetos de amor calificados de edípicos (aunque…) para investir otros, pronto comprendimos que ninguno de nuestros deseos podía ser plenamente satisfecho (aunque…).

Pero no queremos renunciar a nuestro don de videncia. Por eso lo delegamos, no en las «videntes» profesionales, sino en los pintores, en esos pocos poetas, en esos escritores un poco locos o muy locos, como Artaud, que ven lo que nosotros hemos perdido el poder de ver cuando ya no somos más que observadores.

En el libro de Rolland, acabo de releer las páginas que dedica al enigmático autorretrato de Henri Rousseau, etiquetado como «Aduanero», cuando no le cierra el paso a nada sino que, por el contrario, favorece todos los pasajes: de lo «ingenuo», de lo infantil, de lo animal, de lo vegetal, de la jungla, hacia lo que hay de más humano.

Sin duda existe una hechicería de la imagen: puede fascinar, embrujar. Pero, para no ceder a la idolatría del lenguaje, me aferro a ella, a nuestra imagen hechicera; sin ella no existiría ninguna obra de arte. La realidad tiene tan poco de hechizante. Desencanta el mundo, conduce a la desesperación. Cuando palabra e imagen logran unirse, en lugar de desacreditarse mutuamente, el canto de la vida tiene una oportunidad de volver a hacerse oír; renace la esperanza.

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo.

Fuente y alcance
J.-B. Pontalis, «Écouter l'infans», en *Avant*, París, Gallimard, 2012, pp. 76–81. Edición electrónica: 2013. ISBN impreso: 978-2-07-045267-5; electrónico: 978-2-07-248822-1.
Reedición del texto español suministrado, sin notas de traducción. Según la información editorial recibida, el capítulo retoma pasajes del prefacio a Jean-Claude Rolland, *Avant d'être celui qui parle* (Gallimard, 2006).

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de autores, editoriales y demás titulares. Esta versión se presenta como edición de lectura, no como traducción oficial o autorizada.

CITA BIBLIOGRÁFICA SUGERIDA Pontalis, J.-B. «Escuchar al *infans*». *Restos · Cuadernos de lectura*, serie Figuras de lo infantil. Edición y dirección: Nicolás Vallejo. Fuente: *Avant*, Gallimard, 2012, pp. 76–81.